

Balsas de totora en la costa norte del Perú: una aproximación etnográfica y arqueológica

Reed boats in the North Coast of Peru: an ethnographic and archaeological approach

Gabriel Prieto

Arqueólogo, Ph.D. Programa Arqueológico Huanchaco, Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad Nacional de Trujillo, Perú. *gabrielprietobur@gmail.com*

Resumen

Se presentan datos etnográficos y arqueológicos referentes al contexto, manufactura y uso de las balsas de totora utilizadas en la costa norte del Perú. Los datos etnográficos se tomaron del pueblo de Huanchaco, cuyos pescadores hasta el día de hoy usan las balsas de totora, mientras que los datos arqueológicos provienen en su mayoría de un estudio técnico y morfológico de parte de la colección del Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera de Lima. Se detallan las diversas formas y usos de estas embarcaciones y su importancia para el entendimiento de las sociedades de pescadores prehispánicos de la costa norte del Perú.

Palabras clave: balsas de totora, pescadores contemporáneos de la costa norte, pescadores prehispánicos.

Abstract

In this article, ethnographic and archaeological data are presented to understand the context, manufacture and uses of the reed boats currently in use in the North Coast of Peru. The ethnographic data comes from Huanchaco where fishermen are still using this type of boat. The archaeological data is the preliminary result of a technical and morphological analysis of the ceramic vessels depicting reed boats from the Rafael Larco Herrera Archaeological Museum, Lima. This article is focused on the shape, uses and the importance of the reed boats as a way to approach broader perspectives of pre-Hispanic maritime communities of the North Coast of Peru.

Keywords: reed boats, contemporary fishermen from the Peruvian North Coast, pre-Hispanic fishermen.

Introducción

En la actualidad, son muy pocos los pueblos de pescadores de la costa norte del Perú donde se conserva el uso de embarcaciones de pesca de origen prehispánico. Es interesante que mientras la zona entre La Libertad y Lambayeque, específicamente en las comunidades de pescadores de Uripe (La Ramada), Huanchaco, Puémape, Chérrepe, Puerto Eten, Santa Rosa y Pimentel se utilizan las balsas de totora, también conocidas como “caballitos de totora”; en la zona comprendida entre Piura y Tumbes se utilizan las balsas de madera o “balsillas”, especialmente en Puerto Bayóvar, Parachique-San Pedro, Caleta Matabalho, La Tortuga, Yacila, Colán, Caleta San Pablo, Los Órganos, Máncora, Zorritos y Puerto Pizarro (Fig. 1). Adicionalmente, existen una serie de playas y ensenadas entre las comunidades de pescadores de la zona de Piura y Tumbes donde se ha reportado el uso de este tipo de embarcaciones.

Mientras que la balsa de totora está casi por desaparecer en al menos cuatro de las siete comunidades de pescadores mencionadas arriba, en el caso de Piura y Tumbes el uso de las balsas de madera es más estable, solo habiéndose reportado su desaparición en puertos grandes como Talara o Paita y en otros parajes de pesca tradicional que ahora son propiedad privada por el desarrollo de la industria del turismo o la crianza de langostinos.

La evidencia arqueológica sugiere que en la época prehispánica este patrón de distribución (“caballitos de totora” al sur y balsas de madera al norte) no fue tan rígido como se presenta hoy en día, encontrándose balsas de totora y de palo tan al sur como las costas de la región Arequipa, Moquegua, Tacna y la costa norte de Chile (Núñez, 1986; Llagostera, 1990; Ortiz, 2003; Cardona, 2008)¹.

Problemática actual de las balsas de totora

Es importante señalar que el desuso de balsas de totora en la costa norte del Perú es un proceso que parece estar, desafortunadamente, en su fase terminal. Gracias a las crónicas de los españoles y algunas referencias etnográficas, sabemos que las balsas de totora se utilizaron tan al sur como las costas de los valles de Chíncha, Cañete, Asia, Mala, Chilca, Lurín, Rímac, Chillón y todo el Norte Chico (Edwards, 1965; Ortiz, 1990, 2003; Rostworowski, 2004). En ninguno de estos valles existen reportes de uso de balsas de totora desde al menos la primera mitad del siglo XX. Solo tenemos una referencia fotográfica de una balsa de totora en una playa del valle de Asia (Edwards, 1965, p. 143). Bajo esta perspectiva, las balsas de totora ya no existen en más de la mitad del territorio donde se las utilizaba en el pasado. En Huanchaco existen menos de 50 pescadores artesanales que utilizan estas embarcaciones, pero de ellos, solo 20 se dedican a tiempo completo a esta actividad. Puémape, otra de las caletas tradicionales, presenta solo 2 pescadores que utilizan este modo de pesca, mientras que en Chérrepe no sobrepasan los 10 pescadores y en Puerto Eten solo

¹ Cabe anotar que las balsas de totora parecen ser una introducción tardía en esta región, pues la evidencia arqueológica se restringe a contextos del Intermedio Tardío y, posiblemente, el Horizonte Medio, prevaleciendo durante toda la secuencia prehispánica, colonial e incluso en nuestros días (aunque versiones modificadas con otros materiales) balsas de odres y piel de lobo marino (Cardona, 2008).



Figura 1. Mapa de la costa norte del Perú con la distribución actual de las balsas de totora y palo.

hemos contado 5 pescadores con balsa de totora. Por otro lado, Caleta Santa Rosa y Pimentel (Lambayeque) son las dos comunidades de pescadores donde el número de usuarios de la balsa de totora sobrepasa los 30 individuos en cada una. Lamentablemente, la carencia de totora en el valle de Lambayeque hace que los pescadores elaboren moldes de *tecnopor*, los cuales son forrados de totora, dándole una forma rectangular a las balsas, diferente al modelo tradicional (Fig. 2).

La carencia de totora en Lambayeque, así como en otras regiones de la costa peruana, es uno de los motivos por el cual se ha dejado de utilizar la balsa hecha de este material, pero el mayor causante es, sin lugar a dudas, la baja rentabilidad productiva de la balsa de totora debido a la actual escasez de pescado en las primeras cinco millas del mar peruano, que es el campo de pesca de estas embarcaciones². En promedio, una balsa de totora puede soportar una carga de 80 a 100 kilos de una pesca selectiva a la cual estaban acostumbrados los pescadores antiguos. Es decir, ellos iban detrás de lo que conocen como “pescado de primera categoría”, como las corvinas (*Cilus gilberti*), robalos, tollos, congrios, chita, lenguado, rayas, cojinobas,

² Elías Rodrich, quien viene documentando el uso de balsas de totora en Huanchaco desde hace 15 años, cree que en realidad “no es rentable ser pescador artesanal de balsas de totora”, pues el ingreso económico que perciben los pescadores, ya sea por turismo o por venta de productos marinos, no es suficiente para sostener a sus familias.



Figura 2. Balsas de totora en Pimentel, costa del valle de Lambayeque.



Figura 3. Tronco de espino en proceso de tallado para convertirse en quilla de embarcación.

entre muchos otros. Lamentablemente, la pesca indiscriminada de anchoveta (en varios casos, alimento base de estas especies) y la contaminación de las costas (que ocasionan la desaparición de algas, moluscos y crustáceos –como el popular muy muy [*Emerita analoga*]–, siendo todos estos alimentos de dichas especies) ha llevado a que muchos de estos peces de “primera categoría” se alejen de la zona de pesca que puede ser alcanzada con las balsas de totora.

Tal como ha sugerido reiteradamente el Dr. Jorge Ortiz Sotelo, durante la transición del periodo prehispánico al colonial y, luego, con la influencia inglesa e italiana durante la segunda mitad del siglo XIX, se desplazó el uso de embarcaciones prehispánicas en las comunidades de pescadores por otro tipo de embarcaciones más occidentales (Ortiz, 2003). Así, la pesca en grandes embarcaciones durante el siglo XX no es un factor para el desuso de las balsas de totora porque, entre las décadas de 1940 y 1960, los pescadores mantenían un balance entre la pesca semiindustrial y la artesanal de bajo tonelaje junto a la pesca en sus balsas de totora. Obviamente, este no es el espacio para discutir dicha problemática dado que amerita un artículo separado, pero es evidente que la falta de peces de “primera categoría” y, con ello, la pesca selectiva a la cual el pescador tradicional estaba acostumbrado, con el subsecuente beneficio económico que producía, es lo que ha motivado la desaparición de las balsas de totora en la costa norte del Perú.

Sin embargo, es encomiable que, a pesar de tener muchos factores en contra, aún se siga practicando la pesca en embarcaciones de totora que tienen su origen por lo menos unos 3500 años antes del presente. En este artículo discutiremos con base en información arqueológica y etnográfica la producción, manufactura, formas y usos de las embarcaciones de totora, quedando pendiente para una próxima oportunidad el estudio de las balsillas de madera de las costas de Piura y Tumbes, aunque el lector puede encontrar un muy buen trabajo publicado en el *Boletín de Lima* (Andritzky, 1987).

Consideraciones previas

Uno de los grandes misterios del Perú prehispánico es el referente a la navegación. Desde que se supo de la existencia de grandes balsas de madera que, aparentemente, estaban llevando mercancías desde el sur del Perú hacia el Ecuador en años previos a la conquista española, mucho se ha especulado al respecto (Lothrop, 1932; Means, 1942; Ortiz, 1990; Rostworowski, 1993). Si bien es cierto que estas balsas existieron (ver por ejemplo balsa fotografiada por Heinrich Brüning; Schaedel, 1989, pp. 82-84, 86 y 87), la pregunta de fondo es cuándo y bajo qué circunstancias surgieron estas embarcaciones y, más importante aún, en qué sector de la costa del Perú fueron utilizadas. A la fecha, poco se ha hecho por demostrar con datos científicos el uso de estas sofisticadas embarcaciones en las costas de Chincha (sur de Lima), donde referencias etnohistóricas señalan la presencia de mercaderes, aunque no se especifica si eran estos mercaderes marinos (Rostworowski, 1970; Sandweiss, 1992; Morris y Santillana, 2007).

En paralelo, los heroicos viajes de Thor Heyerdahl en la célebre Kon-Tiki, al tratar de demostrar que técnicamente si pudo haber un contacto marino entre las sociedades andinas y las de la Polinesia (Heyerdahl, 1978), han contribuido a enfocar la discusión sobre la navegación prehispánica en torno a las embarcaciones de madera que fueron observadas por los marinos españoles en las primeras décadas del siglo XVI. Al parecer, al ser estas embarcaciones prehispánicas de madera las más parecidas a las embarcaciones europeas, los investigadores han centrado sus esfuerzos en describir y teorizar en torno a este tipo de embarcaciones, generando modelos con una base muy débil de evidencia material arqueológica y poca documentación etnográfica. Al respecto, con los recientes trabajos de arqueología subacuática llevados a cabo por el Dr. Carlos Ausejo y el Dr. Jorge Ortiz Sotelo vamos a tener fresca y nueva información sobre este tema en particular.

En este contexto, a mi modo de ver, se ha obviado –y olvidado– el gran potencial de las embarcaciones de totora, más modestas en su forma y alcance, pero no por ello menos sofisticadas y efectivas en su medio de uso. El presente artículo es el resumen de un trabajo más amplio que el autor viene preparando conforme se van obteniendo más datos de varias fuentes, pero especialmente de los datos arqueológicos y etnográficos. Es importante, para efectos de entender el uso, función y alcance de las embarcaciones de totora (que de aquí en adelante llamaremos balsas de totora), contextualizar geográficamente las costas en las que se les utiliza y utilizó en el pasado.

El aspecto de la costa norte peruana y su influencia para el NO desarrollo de embarcaciones de madera sofisticadas

Muchos autores han enfatizado la ausencia de madera a lo largo de la costa peruana como una de las causas para que no se hayan inventado o utilizado embarcaciones de este material en tiempos prehispánicos (Lothrop, 1932; Means, 1942; Rostrowski, 2004). Obviamente, este es un factor limitante. Sin embargo, no debemos olvidar que hace unos siglos, en la costa peruana, abundaban bosques de algarrobo, espinos y una serie de árboles frutales. A juzgar por algunos artefactos y elementos arquitectónicos arqueológicos como vigas o dinteles de madera que han sobrevivido hasta nuestros días, estos árboles fueron lo bastante altos y anchos como para ser utilizados en la construcción de embarcaciones. Así, en la costa sur del Perú, se han preservado 88 modelos de balsas de madera de la cultura Chiribaya, las cuales utilizaron remos de doble pala (Ortiz, 2003). Por otro lado, datos etnográficos indican que hoy en día en Caleta San José, en la costa del valle de Lambayeque, existen “astilleros” artesanales que utilizan la madera del espino o también conocido como huarango (*Acacia macracantha*) para elaborar las quillas o bases de embarcaciones pesqueras de bajo tonelaje (Fig. 3). La madera del espino es ampliamente conocida en la costa norte como un material que no se pudre al contacto con el agua (sea dulce o salada). Tanto es así que incluso hasta el día de hoy se elaboran tablonces con esta madera para represas, bocatomas y esclusas en los sistemas de canales de irrigación tradicionales de los valles de Lambayeque, Chicama, Moche y Virú. Por otro lado, la madera balsa (*Ochroma* sp.), que crece principalmente en la región de Tumbes y

en la zona del río Guayas en el Ecuador, también está presente en la selva peruana y la documentación de balsas hechas de esta liviana madera a lo largo del río Marañón indica que se utilizó desde tiempos inmemoriales (ver por ejemplo referencia en novela de Ciro Alegría [1936]). Se menciona este recurso debido a que, si bien es cierto no es endémico de la costa norte peruana (al menos entre los valles de Lambayeque y Huarney), arqueológicamente la madera balsa se registra en los depósitos de sitios del Periodo Intermedio Tardío (1100-1470 d. C.). La mayoría de los artefactos hechos de la madera de esta especie son pequeños, pero sugieren que esta sociedad la obtuvo, la conoció y utilizó a gran escala. Queda por determinar si los abundantes artefactos pequeños de esta madera hallados en varios sitios tardíos de la costa norte del Perú fueron hechos de los sobrantes de la madera utilizada para embarcaciones. Este problema deberá afrontarse con estudios detallados de la estructura de la madera usada en las balsas y los artefactos en cuestión. Estudios antracológicos serían sumamente importantes para iniciar las comparaciones y estudiar su procedencia.

Todo lo anteriormente indicado sugiere que hubo madera disponible para la construcción de embarcaciones en la costa norte durante la época prehispánica. Entonces, si este no fue un factor limitante para la construcción de embarcaciones, ¿a qué se debe esta ausencia tecnológica? Una respuesta sencilla y correcta es que simplemente no se necesitaron y, por lo tanto, una sociedad no desarrolla ni invierte tiempo en una tecnología que no le hace falta. Esto, a mi entender, está íntimamente ligado al aspecto geográfico del litoral de la costa norte del Perú. Si vemos rápidamente las figuras 4 y 5, podremos advertir las diferencias que existen entre la costa peruana y las costas del mar Mediterráneo. Esta última es la zona en la que se desarrolló una de las tecnologías marítimas más tempranas y más sofisticadas del mundo, la cual es el producto de un largo proceso histórico (Braudel, 2002; Tartaron, 2013). La costa peruana es técnicamente una larga franja salpicada de pequeñas ensenadas y muy pocas bahías. Esto, sumado al relieve costero, influye en tanto y en cuanto muchas de estas ensenadas son de bajo fondo y no son propicias para anclar embarcaciones grandes. Por otro lado, las fuertes rompientes de la orilla han sido siempre una limitante para poder ingresar las embarcaciones al mar. De hecho, fuentes etnohistóricas señalaban las pésimas condiciones de los “puertos” norcosteños como Huanchaco, Chicama, Guañape, entre otros (Feijoo, 1763). Puertos aptos para el uso de grandes embarcaciones fueron muy escasos en el Perú, destacando el Callao, la Garita de Santa y también la bahía de Paita en el extremo norte peruano, por nombrar algunos de los más importantes (Ortiz, 1990). Sin embargo, más relevante para el tema marítimo es el hecho de que la costa peruana no conecta ningún punto geográfico (es decir, no hay territorios uno frente al otro) para el cual haya sido necesario desarrollar una tecnología marítima naviera de envergadura. Las islas frente al litoral peruano nunca tuvieron una población humana permanente y, por lo tanto, solo fueron motivo de esporádicas visitas para explotación estacional de ciertos recursos o como espacios sagrados para el culto (Rostworowski, 1997). Por el contrario, en el caso del Mediterráneo se trata de litorales e islas muy cerca unos de los otros. La cercanía entre ellos, en realidad, conecta continentes (Europa, África, Asia Occidental). Las diversas culturas que se desarrollaron en sus costas estuvieron siempre en contacto gracias

a la navegación, pero en paralelo también motivó el desarrollo de tecnología náutica (Braudel, 2002). Solo por citar un ejemplo, de las costas del poblado de Algeciras en España, Europa, se pueden ver sin dificultad las costas de Marruecos en el continente africano. Del mismo modo, se dio el desarrollo de tecnología marítima en las costas del Mar Rojo, golfo Pérsico, golfo de Omán, mar de Arabia y las costas de la India, que son también espacios geográficos (y por ende, diversas sociedades) unidos por el mar. Coincidentemente, allí también hubo un desarrollo de tecnología de embarcaciones marítimas sin precedentes en la historia de la humanidad. Es importante indicar que, en el viejo mundo, toda esta tecnología de embarcaciones se desarrolló en paralelo y, quizá antes que la marítima, en los ríos navegables. Así, existe evidencia arqueológica de sellos sumerios fechados hacia el cuarto milenio antes de Cristo, representando embarcaciones para uso ceremonial en el río Éufrates (Braudel, 2002, p. 75). Bajo esta perspectiva, la ausencia de ríos navegables en la costa norte del Perú fue también una limitante para el desarrollo de embarcaciones sofisticadas más allá de las simples balsas de calabazas y/o totora para cruzar los ríos durante la estación de crecida (Edwards, 1965; Rostworowski, 2004).

Embarcaciones de mar en el Perú prehispánico

Como hemos descrito al inicio de este artículo, en la actualidad sobreviven dos formas de embarcaciones prehispánicas en las costas del Perú: la balsa de totora (usada en la costa del valle de Moche hacia el valle de Lambayeque) y la balsilla de palo balsa (usada en las costas de Piura y Tumbes) (Lothrop, 1932; Fiedler, 1943; Hammel y Haase, 1962; Edwards, 1965). Sabemos que en la costa sur del Perú existían unas balsas hechas de odres de lobo marino, las cuales se utilizaron hasta inicios del siglo XX en la costa norte de Chile (Edwards, 1965; Paez, 1986; Ortiz, 1990). Existen también algunas referencias de observaciones hechas el siglo XIX en las inmediaciones de Pacasmayo, costa del valle de Jequetepeque (La Libertad), respecto a una suerte de grandes flotadores hechos también de odres de lobo marino de forma circular con un hoyo al medio como si se tratasen de las típicas rosquillas cajamarquinas. Estas últimas se utilizaban con una red tejida en la parte central del hoyo, donde se iban colocando los productos marinos (principalmente moluscos) obtenidos por medio de inmersiones a pulmón. Llama la atención que algunas vasijas de cerámica de la cultura Lambayeque muestran dispositivos marinos similares.

El recurso idóneo: la totora y los humedales de la costa peruana

Por lo expuesto anteriormente, asumimos que la costa peruana no fue propicia para el desarrollo de grandes embarcaciones de madera debido a la carencia de buenos puertos, la presencia de fuertes rompientes en la línea de playa y la inexistencia de un litoral que permitiese un flujo constante de intercambio de tipo comercial o político asociado a la necesidad de interacción y dependencia de recursos entre diferentes sociedades. Así, las embarcaciones que se desarrollaron en esta parte del subcontinente americano estuvieron diseñadas para el uso exclusivo de la pesca. Para ello se utilizó la totora (*Scirpus* sp.), un recurso que era muy conocido en la costa del Perú



Figura 6. Humedales en el extremo sur del valle de Chicama. Playa Tres Palos.



Figura 7. Poza artificial en excavación. Nótese el afloramiento de agua. (Foto: Elías Rodrich).

desde la llegada de los primeros grupos humanos a esta región, dado que se han registrado restos de esta especie asociada a contextos arqueológicos de la sociedad Paijanense del Periodo Prececerámico Temprano, entre el 12 000 y 7000 antes de Cristo. En estas sociedades tan tempranas, no hay evidencia del uso de balsas de totora, pero sabemos que la totora se empleaba para la construcción de paravientos y otras estructuras asociadas a la habitación (Chauchat et al., 2006). En varios puntos de la costa peruana, se han registrado esterillas, cestería, vestidos o soguillas, hechas de esta fibra por lo que se asume que fue una planta ampliamente conocida y utilizada. Aunque no se sabe todavía bajo qué circunstancias se obtuvo la totora, lo más probable es que se haya recolectado manualmente de los amplios humedales que crecen cerca de las playas, producto del alto nivel de la napa freática (Fig. 6). La similitud geográfica y medioambiental de los valles de la costa peruana, al menos desde la región de Ica, por el sur, hasta la región Lambayeque, por el norte, (aproximadamente 1200 kilómetros del litoral peruano) hace que la totora (y otras especies similares) crezcan abundantemente en este largo tramo de la costa de América del Sur. Del mismo modo, se han registrado modelos de embarcaciones de totora en la cultura Chiribaya durante el Intermedio Tardío (litoral de Ilo) y tan al sur como el río Loa en Chile (Ortiz, 2003, p. 124; Cardona, 2008, p. 11).

El sembrado tradicional de la totora

En la comunidad de pescadores de Huanchaco es donde mejor se ha documentado el proceso de cultivo de la totora utilizando pozas artificiales (Gillin, 1947; Soldi, 1982; Anhuamán, 2008; Prieto, 2009, 2015, en prensa). Estas últimas son llamadas localmente *wachaques*. Para ello, los pescadores tienen un complejo sistema de división de las tierras donde saben que la napa freática es alta y, por lo tanto, es propicia para desarrollar el cultivo de totora. En Huanchaco, hasta inicios del siglo XX, la totora se cultivaba en las inmediaciones del sitio arqueológico de Chan Chan, donde están los mejores suelos para el cultivo de esta especie. Sin embargo, conflictos con terratenientes de Trujillo llevaron a que los pescadores de Huanchaco, que por siglos habían cultivado en esa zona, sean despojados de su preciado recurso. En respuesta, los pescadores trasladaron las “madres” (raíces de la totora) hacia un paraje conocido como Suchimán, a 1.1 kilómetros al norte del pueblo de Huanchaco (Begler, 1970).

El sector de Suchimán es conocido por los pescadores como Los Balsares y oficialmente reconocido por el Gobierno Regional de La Libertad y la Municipalidad Distrital de Huanchaco como Reserva Extractiva Regional Los Balsares de Huanchaco. Hacia el año 2000 tenía una extensión longitudinal de aproximadamente dos kilómetros y un ancho mínimo de 60 metros en su límite sur y casi 100 metros en su punto más ancho. Hoy en día, debido a la erosión costera que sufre la zona norte del litoral del valle de Moche, el ancho de esta reserva se ha reducido a 20 metros en su punto más angosto y a 65 metros en su punto más ancho. En promedio, se ha perdido aproximadamente el 35% de las pozas artificiales, lo que equivale a la pérdida de dos o tres hileras de pozas artificiales, en promedio, para el cultivo de totora a lo largo de los dos kilómetros de extensión, solamente entre los años 2008 y 2012.

Las pozas de cultivo tienen diferentes tamaños y la forma fluctúa entre forma cuadrada y rectangular. En algunos casos, para expandir el área de cultivo van adoptando formas en “L” o “C”, pero esto es lo menos común. Es interesante que el área total promedio de cada una de las pozas tenga un rango entre 280 y 360 m², siendo los números más próximos a 300 m², mientras que las más pequeñas tienen un promedio de 36-40 m². La profundidad de estas pozas artificiales varía, dependiendo de cada pescador, pero en promedio van de 1.80 a 2.50-3.00 metros de profundidad. Esta profundidad tiene varios propósitos. El primero está relacionado a alcanzar el nivel de agua, que es una mezcla de agua dulce con salada (Fig. 7). El segundo es que debido a la conformación arenosa del terreno, este demorará en estabilizarse, lo cual se da cuando crece una grama local, conocida como grama salada (*Distichlis spicata*). Esta especie permite que los perfiles de arena se estabilicen y no colapsen, manteniendo la humedad y el nivel de agua deseado. La concentración de esta grama es conocida en Huanchaco como “gramalote” y su presencia en las playas indica niveles propicios de la napa freática para el cultivo de totora y otras especies (Enrique Huamanchumo, comunicación personal, julio de 2012). De hecho, no se cultiva la totora hasta que la poza no este estabilizada por esta grama. El tercer motivo está en relación directa con el crecimiento de la totora. La totora, por lo general, alcanza una altura en estado silvestre de 1.8 a 2.5 metros, pero cuando es cultivada llega a medir de 3.5 a 4.5 metros de alto. Un aspecto crítico del crecimiento de la totora, la cual demora doce meses desde su siembra hasta su cosecha, es evitar que las puntas de la planta se quemen con la brisa marina, que durante el invierno es muy fuerte. Si esto sucediera, de acuerdo a los pescadores, la planta deja de crecer, se vuelve muy frágil y no es idónea para la construcción de las balsas para su uso en el mar. Por lo tanto, la profundidad de la poza ayudará a que la planta no esté muy expuesta a la intemperie y el crecimiento de la misma sea el óptimo. Para ello, se ayudan de paravientos contruados con el mismo material que es removido al momento de excavar la poza, el cual se cubre gradualmente de la grama salada. Sobre estos montículos depositados en forma de “L” alrededor de la esquina suroeste de la poza artificial (para contrarrestar los vientos que vienen de esa dirección), se colocan paravientos hechos a partir de atados de tallos de totora descartados, que no crecen bien, que no son totora propiamente dichos o que se reciclan durante el secado de la planta o después de haberse usado en viviendas o en las balsas. En conjunto, estas estructuras ayudan, por un lado, a proteger la totora de los vientos fuertes de invierno y, por el otro, ayudan a delimitar la propiedad de cada pescador. Cabe indicar que el trabajo de acondicionamiento, preparación, cultivo y cuidado de las pozas artificiales y la totora sembrada es un trabajo exclusivo de los pescadores, sus hijos y sus nietos u otros familiares varones. A este sector nunca se acercan mujeres, pues en las creencias de los pescadores huanchaqueros, estas pueden traer mala suerte y desfavorecer la producción.

La totora es sembrada a partir de unos bloques o “madres”, que son las raíces de la totora. Estas son muy apreciadas y valoradas. Entre los pescadores, algunos se jactan de tener las mejores “madres” que, al mismo tiempo, producen la mejor totora para

la construcción de balsas. Los valores referidos a la “mejor totora” equivalen a que sea alta, no quebradiza y, sobre todo, que resista más de un mes al uso constante en el mar. Las “madres” se van sembrando en forma ordenada a unos 50 cm de los bordes de la poza y a una distancia de 30 cm entre cada una. Esto se debe a que luego la planta prolifera en tallos y un patrón de sembrado muy aglutinado podría hacer que la totora se “asfixie” y no produzca adecuadamente (Fig. 8). La totora, desde el momento del sembrado, pasando por la etapa de florecimiento y el tamaño óptimo para su cosecha, se demora en promedio un año. Una poza artificial promedio de 300 m² produce unas veinte “cargas” (una carga = una balsa de totora moderna) de totora por año. Como esta producción es limitada, cada pescador tiene en promedio tres a cuatro pozas, las cuales siembra en distintas épocas de año para tener un aprovisionamiento constante de este material. Al respecto, cabe agregar que, en el pasado, la totora servía para construir las viviendas y las esteras sobre las que dormían los pescadores. Adicionalmente, en una esfera de interacción más amplia, los pescadores de Huanchaco proveían de totora —especialmente manufacturada como esteras— a las poblaciones de agricultores de las cercanías, como el pueblo de Simbal en el valle medio de Moche, las cuales eran intercambiadas por productos agrícolas como ají, fruta y papa. Así, se puede determinar que el volumen de totora requerido en el pasado debió ser mayor al actual, pues de ello dependía la manufactura de balsas de totora, la vivienda, la comodidad dentro de la vivienda y como un medio de intercambio para obtener otros productos que no se producían cerca de las playas.

El proceso de cosecha se da con una hoz o machete, con el cual se tiene el cuidado de cortar la totora a unos cuantos centímetros del nivel del agua, para evitar que las “madres” (raíces) se “ahoguen” y garantizar una nueva cosecha en el futuro. En promedio, una poza artificial dura unos tres o cuatro años; luego, tiene que ser limpiada completamente y las “madres”, resembradas para garantizar una buena producción. El material extraído de la poza durante el proceso de limpieza se utiliza para reforzar los paravientos descritos previamente. En algunos casos, las “madres” o raíces que ya no se utilizan se aglomeran en hileras una sobre la otra, formando también el paraviento que ayuda a proteger la totora de las brisas y los vientos fuertes de invierno.

En Huanchaco, los tallos de totora son extraídos de la poza artificial y son llevados a una planicie ubicada inmediatamente al este del área de cultivo, la cual tiene una superficie de arena de playa y se encuentra protegida por una empinada terraza marina a lo largo de su flanco este. En esta planicie y, exactamente, al frente de cada poza o grupo de pozas de cada pescador, se coloca sobre la arena caliente la totora recientemente extraída. Esto equivale, en promedio, a unos 90 a 120 tallos de totora. Esta se coloca con la parte del tallo que estaba más próximo a la raíz hacia el sur y las puntas hacia el norte, en forma de un triángulo. Aquí se deja por espacio de uno a tres meses secando al sol, dependiendo si se trata de verano o invierno. Una vez seca (cuando adquiere un color amarillo pálido), la totora se amarra por “cargas” y es llevada a hombro al pueblo para utilizarse en la construcción de las balsas o para tejer esteras (Fig. 9).



Figura 8. Totora lista para la cosecha. Sector Suchimán, Huanchaco. (Foto: Elías Rodrich).



Figura 9. Totora en proceso de secado. (Foto: Elías Rodrich).

Fabricando una balsa de totora en la actualidad: significado y percepción del pescador tradicional

Una balsa de totora dura en promedio un mes tras un constante uso en el mar (un promedio de 12 salidas por semana o 48 por mes). Esto se debe a que la totora está conformada por miles de conductos vacíos en su estructura interna, lo que le da un aspecto esponjoso al tacto pero sólido e impermeable en el exterior. Estos conductos están llenos de aire y permiten que la totora flote en el mar. Sin embargo, el reiterado contacto con el agua salada hace que la capa externa de la totora se debilite y permita el ingreso del agua a estos conductos. Como consecuencia, la balsa de totora se vuelve cada vez más pesada y flota menos. Esto ocasiona que movilizarla en el mar sea más difícil y, por otro lado, que la capacidad de carga se reduzca debido a su incapacidad de flotar adecuadamente. Por ello, para un uso óptimo, la balsa de totora sirve un mes en toda su capacidad de carga y maniobrabilidad. Posiblemente, esta sea la razón por la cual algunos cronistas españoles describieron que en el siglo XVI los pescadores nativos de las costas de Huanchaco desarmaban sus balsas de totora tras el uso y las dejaban secar al sol, posiblemente como un medio eficaz para prolongar su tiempo de uso (Lizárraga, 1946, pp. 42-43).

Como veremos más adelante, la balsa de totora que se usa actualmente es la de dos cuerpos. Esta es una de varios modelos que se utilizaba en tiempos prehispánicos. Los datos etnográficos disponibles ayudan a entender el intrincado proceso de fabricación de una balsa de dos cuerpos o de “dos bastones”, como le llaman los pescadores locales, la cual, además de requerir una técnica especial, aduce un conjunto simbólico muy interesante, asociado a las creencias posiblemente de origen prehispánico. Por lo tanto, creemos que, asumiendo variaciones locales en cada litoral de los valles en los que se le fabricaron, estos significados, en esencia, debieron ser los mismos. En esta oportunidad tomaremos como ejemplo el proceso de manufactura observado en Huanchaco.

El complicado proceso de construcción de una balsa de totora se inicia contando con simplemente tres materiales necesarios para tal fin: una carga de totora para formar los cuerpos y dos tipos de soguilla de diferentes grosores. Por lo general, las balsas de totora se hacen en la playa, pero hoy en día se elaboran en los patios delanteros de las viviendas o en las calles del pueblo.

Siempre ha llamado mi atención que, sin importar donde se encuentre el pescador, sea en la playa, cerca de su vivienda o en otro espacio, reiteradamente orienta la totora en la misma forma en la que es secada, es decir, las puntas al norte y las bases al sur. Alrededor de este eje, el pescador se va moviendo. En un principio, la manufactura es un proceso que requiere de una persona, por lo general, bajo la atenta mirada un miembro de la familia de mayor edad cuando se trata de un joven haciendo la balsa o de cualquier miembro masculino cuando es el jefe de la familia. Otro aspecto interesante es que nunca he observado que se manufacture una balsa de totora después del mediodía, a menos que se trate de una presentación para turistas u otro evento cultural-recreativo.

El proceso se inicia formando cuatro bastones de totora. Dos de ellos son hechos con los tallos más largos de totora, que son llamados por los pescadores “de primera”. Estos bastones se llaman “madres”. Los otros dos bastones más pequeños, llamados “hijos”, son hechos con totora “de segunda”, es decir, más corta que la “de primera”. Por lo general, la diferencia entre una categoría y la otra es de 1 a 1.5 metros. Independientemente, estos cuatro bastones son cuidadosamente amarrados en forma cilíndrica. Cabe anotar que, actualmente, debido a la escasez de totora en Huanchaco, producto de la destrucción de muchas pozas artificiales por la erosión de la costa, los pescadores rellenan la parte central de estos bastones con *tecnopor* previamente modelado y cortado de manera tal que encaje dentro de los bastones. Afortunadamente, el resultado final no distorsiona la forma “tradicional” de las balsas de totora como si sucede con las que se manufacturan en Santa Rosa y Pimentel en las costas de Lambayeque.

Desde el inicio, los atados de totora que conformarán los bastones madres e hijos se colocan sobre el piso de una manera muy peculiar. Los “hijos” van delante, uno frente al otro, mientras que las “madres” van debajo de cada uno de los “hijos”. Así se forma un espacio cuadripartito conformado por dos “hijos” arriba y dos “madres” abajo. En paralelo se forma a la derecha un par de un “hijo” con una “madre” y lo mismo a la izquierda (Fig. 10).

En principio, se amarran únicamente las bases de los cuatro bastones, iniciando el proceso con los bastones de menor tamaño o “hijos” y luego las “madres”. Una vez que los cuatro bastones están amarrados en su base y los tallos correctamente alineados desde su base a la punta, se inicia el proceso de amarre con una soguilla en sentido horario desde la base de las “madres”. El bastón madre del lado izquierdo se amarra pasando la soguilla de derecha a izquierda, mientras que el bastón madre del lado derecho se amarra pasando la soguilla de izquierda a derecha. Cabe indicar que, en ese proceso, no se ajustan todavía las soguillas de los bastones madre, sino que estas se dejan sueltas (Fig. 11).

Una vez que se ha concluido esto, el pescador se dirige hacia los bastones hijos y estando estos solo amarrados por la base, como hemos indicado, se colocan sobre el bastón madre, del cual previamente se han abierto los tallos de totora para recibir al bastón hijo (Fig. 12). Aquí es donde quizá viene uno de los momentos más importantes de toda la manufactura de la balsa de totora. El pescador utiliza un tallo de totora, el cual tiene la medida exacta que va desde el suelo hasta sus pectorales. Esta medida se transmite a la balsa misma, dado que la distancia de ubicación de la base del bastón hijo con la base del bastón madre es la que conformará por un lado la “caja” o espacio hueco donde se colocará el pescado, pero, por otro lado –y más importante–, será el punto de equilibrio de la balsa, donde el pescador se colocará para remar en sus faenas de trabajo. Este punto medio es importantísimo, dado que coincidirá con la estatura del pescador que va a utilizar la balsa, siendo el punto medio de la balsa equivalente a la altura de los pectorales del pescador cuando la balsa está parada junto a él (Fig. 13). Es por eso que las balsas de totora varían en tamaño, dependiendo de la estatura de cada pescador, producto del cuidadoso proceso de



Figura 10. Los cuatro bastones que forman la balsa.



Figura 11. Enrollando uno de los bastones madre.



Figura 12. Colocando el bastón hijo sobre el bastón madre.



Figura 13. Midiendo la distancia para ubicar los bastones correctamente.

ubicar y sincronizar el punto de gravitación de la balsa con el pectoral del pescador, que será donde se produce la resistencia durante el proceso de remar y el equilibrio de todo el conjunto pescador-balsa.

Una vez que los dos bastones (madre e hijo) han sido cuidadosamente colocados manteniendo la distancia indicada, se procede a realizar el *quiraneo*. El “verbo” *quiranear*, de origen local, deriva de la palabra *quirana*, que es nombre que adopta una soguilla delgada con la que se amarrarán los bastones madre e hijo. En el caso del par derecho, el amarre irá de izquierda a derecha, tratando al inicio de formar la “caja” en el área de base de la balsa. El proceso de *quiraneo* o amarre con soguilla *quirana* se hace en forma espiral desde la base hasta la punta. Una primera pasada deja la *quirana* suelta desde la parte superior de la “caja” hacia arriba, luego se va ajustando línea por línea para lograr un bastón compacto y duro. Cuando se aproxima a la punta o lo que será la proa, interviene por primera vez un segundo ayudante, doblando la totora para darle la forma curvilínea que ayudará a romper la ola al momento del uso (Fig. 14).

Luego de repetir el mismo proceso con los otros dos bastones madre e hijo, que por estar en el lado izquierdo el amarre será de derecha a izquierda, el producto final serán dos bastones: uno derecho y otro izquierdo. Por la forma opuesta en la que han sido amarrados, el bastón izquierdo estará curvado hacia el lado izquierdo y el bastón derecho, hacia el lado derecho. Luego se procederá a amarrar y ajustar bien las puntas de lo que conformarán en conjunto el elemento que permita romper las olas (Fig. 15).

Estando los dos bastones con sus puntas en direcciones opuestas sobre el piso, se procederá a iniciar el proceso de *guanganeo*. *Guanganear* es un “verbo” local que deriva de la palabra *guangana*. La *guangana* es una soguilla más gruesa (el doble que la *quirana* en ancho), que sirve para unir los dos bastones resultantes. El proceso se inicia nuevamente por el punto de gravitación y equilibrio de la balsa, es decir, donde se unieron las “madres” con los “hijos”, que es inmediatamente arriba de lo que será la “caja”, que es a su vez el espacio donde se coloca el pescado y los implementos de pesca durante las faenas marinas. Es allí donde nuevamente interviene un segundo ayudante para amarrar correctamente los dos bastones (Fig. 16). El proceso de unión de los dos bastones se hace con la fuerza opuesta de las dos personas que están jalando la *guangana* previamente enrollada al medio de los dos bastones (Fig. 16). Una vez que se han unido los dos bastones satisfactoriamente por el medio, la *guangana* se pasa hasta la base de los dos bastones y se inicia el proceso de amarre-unión de los dos bastones hasta la punta de la balsa. En ese proceso, se realizan doce amarres. Tras este proceso, la balsa está lista para ser utilizada. Por lo general, la altura resultante de una balsa es de 3 a 3.5 metros, un ancho máximo de casi un metro y una “caja” de forma trapezoidal que tendrá el largo que es el mismo del pescador desde sus pies hasta sus pectorales (Fig. 17).

Si bien es cierto que se les llama “caballitos de totora” desde el siglo XVIII (Vega, 1987, p. 9), los pescadores de la costa norte del Perú les denominan “la balsa” o “la



Figura 14. Proceso de *quiraneo* o enrollado de los bastones madre e hijo.



Figura 15. Los dos bastones finales tras unir “madres” e “hijos”.



Figura 16. Proceso de *guanganeo* o unión de los dos bastones.



Figura 17. Balsa terminada y lista para navegar.

balsilla”, enfatizando siempre el hecho de que se trata de un ente femenino y no masculino. Para los pescadores de mayor edad en Huanchaco, ciertamente la balsa de totora tiene una connotación femenina. Ellos se refieren a la balsa con cariño, con respeto, incluso con dulzura. Los pescadores indican además que solo “una mujer” puede hacer frente a la braveza de “otra mujer”, que en este caso es el mar o “la mar”. Ellos “montan” a la mujer y el resultado es lo que para ellos significa el pan de cada día, es decir, el pescado u otros productos marinos que llevan a su mesa diariamente. En este contexto, el proceso mediante el cual el pescador se “une” a una balsa de connotación femenina tiene como “resultado” un producto que es el alimento que sostiene a la familia. La balsa en sí es además vista como un ente humano. Tiene “cabeza”, que es la punta; tiene un “pecho”, que es el quiebre de la proa que rompe las olas para poder salir al mar abierto y tiene un “hueco” que es donde se produce el alimento, es decir, donde se deposita el pescado y otros productos marinos. Si se quisiera forzar el argumento, el producto marino “sale” de un “hueco” de connotación femenina, como si se tratara de un nacimiento. De hecho, muchos pescadores se refieren al producto de su faena como “me ha dado (corvina)”, que es la misma frase cuando se refieren a los hijos que tienen con sus esposas: “me ha dado (un varón)” o “me ha dado (una mujer)”. Esta connotación humana se refuerza por el hecho de que la balsa misma está conformada por dos “madres” y dos “hijos” como hemos descrito previamente.

El proceso de aprendizaje para navegar en balsas de totora

Para los que hemos tenido el privilegio de intentar remar en una balsa de totora, sabemos que es un proceso complicado, pues es muy difícil mantener el balance en estas embarcaciones. Resulta sorprendente ver como los pescadores actuales pueden deslizarse sin problemas, navegando contra la corriente o surcando grandes olas. En ocasiones de fiesta, cuando realizan “regatas” o competencias de balsas, hacen acrobacias como pararse de manos o incluso bailar marinera (Fig. 18). Una vez un viejo pescador me dijo que el secreto era mantener el balance con el remo, como si se tratase del palo que los malabaristas usan cuando hacen el acto de caminar sobre una cuerda. Sin embargo, cuando le respondí a este pescador con una pregunta, ¿y cómo hacen cuando están pescando, jalando las redes o simplemente sin el remo?, el pescador sonrió y me dijo: “Es que eso ya está en la sangre”, aduciendo la destreza que adquieren desde pequeños.

El proceso de aprendizaje se inicia muy temprano, cuando los niños varones tienen 4 o 5 años y comienzan a frecuentar la playa. Los padres, abuelos o tíos mayores elaboran unas pequeñas balsillas de totora, como si se tratasen de una versión miniatura, con las que los niños juegan sin cesar en el mar. Sin embargo, cuando ya cumplen entre 8 y 10 años, los niños comienzan su verdadero entrenamiento. Esto ocurre en la temporada de verano por dos razones. La primera es porque ahora la mayoría de los niños estudian, entonces, en el verano tienen más tiempo libre. En segundo lugar, el mar se pone más calmo en los días de verano, permitiendo que los niños tengan condiciones favorables y menos riesgosas para navegar en las balsillas. A esa edad,

las balsillas son un poco más elaboradas y están hechas a la medida de cada niño para que comiencen a entender el principio de que la balsa debe equiparar la fuerza y equilibrio de su usuario. En largas sesiones, los padres mandan a sus hijos a que corran olas, con la advertencia de que “si se te va la balsilla, tienes que ir a agarrarla”. Esta primera lección les enseña jugando a calcular la fuerza de la ola y a medir la distancia de las mismas. Al mismo tiempo, los entrena en desarrollar la capacidad de nadar en el caso de que caigan de la balsa y queden a la deriva.

En la playa de Puerto Chicama, un pescador que en el año 2009 decía tener 91 años me comentó que cuando él era niño aprendió a navegar en una balsilla de tres bastones que su padre le hizo. Me indicó que todos los niños de su generación en Puerto Chicama aprendieron en ese tipo de balsillas, pero, desde que se instaló la fábrica de conservas justo en el “ciénago” o humedal donde crecía la totora, esta especie luego desapareció y con ello se olvidó la tradición de pescar con balsillas en esta playa. El mismo pescador me narró que la primera posición era echado boca abajo sobre la balsilla de tres bastones, luego uno se sentaba con las piernas a cada lado, posteriormente se sentaba con las piernas extendidas sobre la balsilla y finalmente se aprendía a colocarse en cuclillas, pues esta última era la posición más importante y la más difícil de mantener en el mar. Posiblemente cada playa o caleta tuvo su propia metodología de enseñanza, basada en las condiciones marinas que presentaba cada una de ellas.

La mayoría de pescadores entrevistados me han comentado que a la edad de 15 años ya entraban al mar en balsas para ayudar a sus padres. La primera vez que un grupo de jóvenes entraba al mar en balsas se celebraba de una manera especial. Las madres tejían unas fajas de algodón que los muchachos se colocaban en el abdomen y entraban luego al mar con sus padres y otros familiares. En alta mar se les hacía recoger las redes que los mayores sabían que tenían pescado, para que el novato no se desgane y crea que siempre hay buena suerte en la pesca. Luego retornaban a la playa y en sus casa se celebraba un *causeo*, que era comer pescado seco con camotes, yucas y se tomaba abundante chicha de jora.

Sin embargo, un pescador no era considerado “adulto” y, por ende, en edad para casarse si es que no podía cargar su propia balsa mojada. Las balsas de totora llegan a pesar hasta el triple de su peso en seco cuando están húmedas. Por ello, cuando un muchacho cortejaba a una mujer, los padres se dirigían a este con desprecio diciendo: “Ni si quiera puede cargar su balsa y ya quiere casarse”. Entonces el joven tenía que hacer demostraciones públicas y reiteradas en las que demostrara que sí podía cargar su balsa. Cuando el consentimiento era general, entonces podía contraer nupcias. Este mecanismo social está claramente orientado a garantizar que la nueva familia iba a poder valerse por sí misma y también contribuir a la comunidad en caso de ser necesario.

En este sentido, muchos pescadores me han enfatizado que antiguamente se daba mucha importancia a la resistencia, que era tener la capacidad de remar por horas contra la marea, pescar, levantar redes pesadas y luego retornar a la playa, todo en el



Figura 18. Pescador haciendo acrobacias. (Foto: Elías Rodrich).



Figura 19. Miembros de una familia entrando al mar con sus balsillas.

lapso de unas horas. Por ello, el pescador debía tener una buena complexión física y una buena resistencia. Los pescadores “practicaban su cuerpo”, es decir, entrenaban nadando varias horas en el mar para alcanzar el estado físico óptimo requerido para la pesca en las balsas de totora.

Balsa de totora en funcionamiento

Cuando la balsa de totora está lista para ser utilizada es llevada a la playa y se coloca en posición vertical sobre un parante de madera. Para entrar al mar, la balsa se desliza hasta quedar en posición horizontal sobre la arena y luego se jala de la punta hasta la orilla. Dependiendo del caso, previamente se han amarrado en la “caja” las redes y cordeles de pesca, así como el *cal-cal*, que es una bolsa de red grande donde se colocan los pescados. Una vez al borde del mar, los pescadores se persignan y luego se colocan en posición arrodillada sobre la balsa y su cuerpo descansando sobre sus piernas y pies (Fig. 19). En el caso de Huanchaco, dado que la playa donde se entra al mar con las balsas es de fondo rocoso, los pescadores han abierto pequeños senderos por lo cuales ingresan sin dificultad (Fig. 20). Cada grupo familiar tiene un sendero y nunca se entra al mar o se sale del mismo por uno que no sea el que pertenece a su familia. Es interesante que los pescadores tengan este punto muy en claro respecto a la territorialidad del mar y la playa.

En el caso de Huanchaco, los primeros 180 metros de navegación se realizan en forma diagonal en dirección oeste. En los primeros metros, dado que el fondo marino es muy bajo, el pescador se propulsa hundiéndose el remo (que es una larga caña de bambú partida por la mitad) hasta chocar con el fondo marino para impulsar la balsa más rápido. Este punto es crítico porque al mismo tiempo tienen que pasar varias olas y en reiterados casos el pescador tiene que elevarse junto con la balsa para no caer al agua. Una vez que llegan a la altura de la punta del muelle, viran en dirección sur y navegan en paralelo a la costa a una distancia promedio de 200 a 300 metros de la orilla. A partir de este momento ya no están en cuclillas, sino sentados y con las piernas extendidas horizontalmente sobre la balsa (Fig. 21). Este tramo, es uno de los más complicados porque el pescador debe remar con la corriente en contra. Dependiendo de la estación (verano o invierno) o del tipo de pescado que suponen está en las inmediaciones, lo cual se basa en una serie de señas o presunciones como la fuerza del viento, presencia de ciertas especies de aves, color y olor del mar, ubicación del sol en el cielo, etc., se dirigen a zonas específicas para dejar sus redes o pescar “a la pinta”, que significa utilizar cordel y anzuelo. Es interesante que cada familia de pescadores tiene sus lugares específicos de pesca, donde dejan sus redes, pescan con anzuelo y cordel o profundizan sus “sacas”, que son trampas para recolectar cangrejos que abundan en la zona de Huanchaco. A pesar de esta “territorialidad marina”, existe además un lugar de pesca común conocido como El Tablazo, el cual es una “pampa marina” que se encuentra a la altura de la desembocadura del Río Seco de Huanchaco, donde todos los pescadores pueden dejar sus redes o pescar con anzuelo y cordel.

Las faenas de pesca consisten en ir a pescar con redes, atarrayas o con anzuelo y



Figura 20. Sendero de entrada para balsas de totora. Playa de Huanchaco.



Figura 21. Pescadores en sus balsas conduciéndose a sus lugares de pesca, al sur de Huanchaco.

cordel cuando ven señas como las *pajaradas*, que son bandadas de pájaros que están revoloteando alrededor de un cardumen de peces, por lo general anchoveta u otra especie chica. Los pescadores de balsas de totora van a capturar los peces más grandes que están al mismo tiempo comiendo de esos enormes cardúmenes. En otros casos, sencillamente van con sus anzuelos y cordeles a pescar “lo que caiga” o cualquier especie que ande en las cercanías de sus zonas de pesca.

Si las condiciones del mar son propicias, es decir, si no hay temporales o marejadas que impidan a los pescadores navegar en sus frágiles embarcaciones, entonces una rutina diaria supone salir en las balsas muy temprano, hacia las 4 o 5 de la mañana. Sobre el particular, los pescadores de mayor edad de Huanchaco, Puerto Eten y Santa Rosa que aún están en actividad suelen salir al mar con el lucero de la mañana, que es el planeta Venus que se ve en el horizonte del mar como una gran “estrella”. Este lucero por lo general “salta” o aparece en el firmamento hacia las 4 de la mañana. Luego de dejar las redes y recoger lo del día anterior, pescan por espacio de una hora y luego retornan a la playa hacia las 7 u 8 de la mañana. Los pescadores luego descansan y vuelven aparecer en la playa hacia las 10 de la mañana para remendar sus redes y preparar sus carnadas para el siguiente viaje del día. Hacia las 3 o 4 de la tarde vuelven a salir en sus balsas para recoger las redes dejadas durante las primeras horas de la mañana y dejan otro set de redes para recogerlas a la mañana siguiente, retornando a la playa al promediar las 5 y 6 de la tarde.

El retorno a la playa es más fácil debido que a reman con el viento y la marea a favor. Esto es una gran ayuda debido a que la balsa viene con peso, producto de las especies capturadas. Cuando las balsas entran a la zona de rompientes, siempre tratan de sacar ventaja de las olas y tratan de correrlas (Fig. 22), con lo cual ganan tiempo y ahorran energía. Cuando la balsa y el pescador ya son visibles, sus familiares están esperando en la orilla de la playa, cada grupo en la zona que le corresponde. Los más jóvenes se meten al mar para ayudar al pescador a jalar la balsa de totora hasta la orilla. En tierra firme, el pescador sacará el *cal-cal* (bolsa de red) con la pesca del día y repartirá algunos pescados a los que ayudaron. Esto se realiza simplemente tirando un pescado cerca de la persona que ha ayudado, sin intercambiar palabra alguna. El resto de pescados será lavado en el mar y colocado en canastas, que por lo general sus esposas se encargarán de llevar a casa. Al final, el pescador se queda con un manojo de pescados, los cuales están amarrados con un tallo de totora. Estos pescados son llevados a sus padres o a algún familiar cercano.

Una vez que termina la repartición y la balsa queda libre de pescados, esta es levantada por el pescador con una técnica particular. Se coloca junto a la balsa, ubicando su rodilla derecha en posición flexionada hacia la balsa. En un rápido movimiento, el pescador hace que la balsa se incline hacia su cuerpo, impulsada por la rodilla, quedando la parte central de la misma (punto de equilibrio) sobre el hombro del pescador. Rápidamente es llevada al área donde otros miembros de su familia tienen en descanso sus balsas. Terminado este proceso, el pescador regresa al mar, se lava y luego enrumba al pueblo.



Figura 22. Pescador retornando a la playa tras dejar sus redes.



Figura 23. Punta de miniatura de balsa de totora del segundo milenio antes de Cristo registrada en Gramalote, valle de Moche.

Origen y antigüedad de las balsas de totora

Es cierto que no podemos saber cuándo se concibieron las nociones sobre el aspecto humano femenino de las balsas de totora y menos podemos determinar dónde y cuándo se originaron. Sin embargo, esto último puede ser medianamente supuesto en base a información disponible actualmente. Sabemos que la evidencia arqueológica más antigua sobre el uso de las balsas de totora en el Perú está en el sitio de Gramalote, un asentamiento de pescadores cerca del actual pueblo de Huanchaco con una antigüedad de 1500 años antes de Cristo o aproximadamente 3500 años antes del presente (Prieto, 2014, 2015). Sin embargo, esto no significa que este sitio sea el origen de esta embarcación, ni mucho menos el único lugar donde se le utilizó durante esa época. Es posible que haya existido muchos años antes, pero lamentablemente aún no tenemos evidencia arqueológica que lo sustente. Por otro lado, creo que su origen debió darse en paralelo en muchas playas de la costa peruana dentro del área comprendida entre Ica y Lambayeque. Particularmente, creo que en las playas de Salaverry en el valle de Moche, Guañape en el valle de Virú y en las playas de Carquín, Végueta y Caleta Vidal en el Norte Chico pueden encontrarse en el futuro indicios del uso más antiguo de estas embarcaciones. Esta presunción se debe a que reúnen dos características fundamentales. Todos los sitios mencionados tienen humedales donde hasta el día de hoy crece en abundancia la totora y otras especies similares. En paralelo, tienen playas que presentan islotes o islas muy cerca de la orilla, lo cual debió motivar la curiosidad humana por llegar a ellas. Obviamente, esto tendría que confirmarse con estudios detallados de batimetría, para saber si dichos islotes e islas estuvieron siempre separados de la costa o si en esos tiempos estuvieron unidos a tierra, lo cual sería un punto en contra. Sin embargo, estos factores no son exclusivos, dado que en Gramalote (Huanchaquito) se ha argumentado que la motivación fue diseñar una embarcación que les permita a los pescadores de ese asentamiento pasar la fuerte rompiente de olas en la orilla y, también, poder pescar con comodidad especies de tiburón que debieron ser una amenaza para la vida del pescador si se adentraba a nado libre en un mar que aparentemente estuvo infestado de dichas especies hace 3500 años antes del presente (Prieto, 2013a, 2013b; Prieto, 2014, 2015).

Algunos datos sugieren que incluso en la costa centro sur del país, en el sitio de La Paloma, el cual corresponde al Precerámico Medio (7000 y 3500 antes de Cristo), se pudieron estar usando embarcaciones para adentrarse en el mar, aunque no se sabe a ciencia cierta de que materiales se hicieron. Esta presunción se basa en que uno de los individuos masculinos enterrados en La Paloma presentaba huellas de una mordedura de tiburón en la pelvis; los huesos de la pierna de ese lado no se hallaron en la excavación (Quilter, 1989). Esto llevó al Dr. Jeffrey Quilter a sugerir el uso de una balsa, dado que el individuo aparentemente sobrevivió al ataque del tiburón y fue traído a la aldea para ser enterrado. Sin embargo, no hay evidencia que sugiera el tipo de embarcación utilizada, por lo que el uso de balsas de totora en esta época y en esta región de la costa peruana permanece por el momento como un misterio.

Representaciones plásticas y pictóricas prehispánicas de balsas de totora

Uno de los grandes descubrimientos arqueológicos del siglo sería hallar una balsa de totora a escala natural. Lamentablemente, esto es muy poco probable por dos razones. Por un lado, está el factor conservación, pues la totora raramente se preserva en los depósitos arqueológicos. Por otro lado, y más importante aún, las balsas de totora son constantemente “recicladas” por sus usuarios. Más o menos al término de un mes de constante uso, la totora ha perdido la capacidad de flotabilidad y comienza a doblarse, perdiendo la balsa fuerza y consistencia. Cuando esto sucede, el pescador desamarra los bastones, reciclando las *quiranas* y *guanganas* (sogas de amarre). La totora restante es aventada al mar. Por esta razón, es casi improbable que se pueda hallar alguna balsa de totora intacta, aunque tal vez alguna haya sido colocada a manera de ofrenda en algún sitio arqueológico y, por esa razón, sobreviva hasta nuestros días. Sobre el particular, el arqueólogo ecuatoriano Jacinto Jijón y Caamaño excavó en el complejo arqueológico de Maranga en el valle de Rímac (Lima) una balsa de totora. Según sus descripciones, esta era más parecida a las que hoy en día se usan en el lago Titicaca que las observadas en la costa. Lamentablemente, Jijón y Caamaño solo ofrece un dibujo muy esquemático de su hallazgo (dibujo de perfil) y no existe una fotografía publicada de este contexto. Además, en su dibujo se ve como un gran atado de totora doblado por la mitad, lo cual no es común en una balsa de totora de la región del lago Titicaca o la costa peruana (Jijón y Caamaño, 1949, p. 16).

Actualmente tenemos el fragmento de una punta de balsa de totora en miniatura excavada en el sitio del Periodo Inicial de Gramalote, ubicado al sur de Huanchaco en el valle de Moche. Esta punta es la única evidencia directa de la existencia de balsas de totora durante el segundo milenio antes de Cristo (1500-1200 a. C.) en la costa norte del Perú. El artefacto en cuestión tiene un largo de 10 cm y está conformado por varios tallos de totora amarrados con una pita de algodón de la misma manera en que se hace con las balsas modernas de tamaño real. Llama la atención también que presente la curvatura característica de las balsas reales (Fig. 23). Por otro lado, el hecho de que sea una miniatura y que haya sido registrada en un contexto ceremonial del sitio de Gramalote sugiere que las balsas de totora eran parte de rituales domésticos y comunales para garantizar la producción marina y el sustento diario (Prieto, 2015).

Sin embargo, el único referente material tangible para recrear la forma, tamaño y función de las balsas de totora usadas en la costa norte del Perú en tiempos prehispánicos deriva de las esquematizadas representaciones plásticas en múltiples soportes como el arte mural en barro, cerámica, textiles, metales y madera. No obstante, son las representaciones en cerámica las que más ayudan a entender la forma, tamaño y variedad de estas embarcaciones de totora en el pasado. Para el caso de la costa sur, el Dr. Jorge Ortiz ha descrito acertadamente las balsas de totora de esta región en base a treinta modelos de totora hallados en contextos funerarios de la cultura Chiribaya (Ortiz, 2003, p. 124). En la costa norte peruana, no se ha registrado un hallazgo similar, por lo que nuestras descripciones tienen que centrarse en representaciones

plásticas idealizadas y concebidas por los artistas de la época.

Recientemente, Víctor Vásquez y colegas han publicado la foto de una vasija de cerámica que representa una balsa de totora que, por el estilo, parece corresponder al Periodo Inicial Tardío (1200-800/500 a. C.) de la costa norte peruana (Vásquez et al., 2012). Lamentablemente, se desconoce el origen de esta pieza que se encuentra en la actualidad en el Museo Chileno de Arte Precolombino. Esta pieza es actualmente la representación en cerámica más antigua conocida de una balsa de totora. Esta representa una balsa con proa levantada, la cual es navegada por dos individuos que sostienen remos con terminaciones en forma de palas, diferentes a las medias cañas de bambú que utilizan hoy en día los pescadores y que también se ven representadas posteriormente en el arte Moche, Lambayeque y Chimú (Fig. 24). Es decir que una diferencia, a juzgar por esta pieza del Periodo Inicial Tardío, es que las balsas de totora de esa época eran propulsadas por remos con terminaciones rectangulares, a diferencia de las balsas posteriores que utilizaron únicamente cañas partidas de bambú. La representación de incisiones dobles en el cuerpo de la balsa podría tratarse de una *guangana* y, por lo tanto, sería una balsa de dos cuerpos, aunque se trata de una pieza muy simple y pobre en detalles, al menos respecto a la balsa propiamente dicha. Aparentemente el artista invirtió más tiempo detallando y caracterizando a los dos pescadores sentados en la balsa que la embarcación misma (Vásquez et al., 2012, p. 93).

A pesar de estos pobres detalles, nos indica, por otro lado, que se requirieron al menos dos pescadores para poder mover la balsa, lo que sugiere que debieron ser más grandes que las que hoy se utilizan en Huanchaco y otras playas de la costa norte. Esto cobra sentido en tanto y en cuanto en otra oportunidad hemos sugerido que las balsas se utilizaron para pescar tiburones de gran tamaño (Prieto, 2013a, 2013b, 2014, 2015). La pesca de tiburones en otras regiones del mundo siempre implica la presencia de por lo menos dos pescadores, los que en conjunto capturan a estos grandes peces y luego los amarran junto a las balsas o los colocan sobre las mismas (Kozuch, 1993; Englert, 1974; Borhegyi, 1961; Malinowski, 1918). Así, es posible entonces que las balsas de totora del Periodo Inicial fueran lo suficientemente grandes para: (a) soportar el peso de dos pescadores y (b) soportar la carga de tiburones de gran peso.

Sin embargo, son las representaciones en cerámica del arte Moche, Lambayeque, Chimú y Chimu-Inca las que mejor representan la forma, tamaño y diversidad de balsas de totora en la costa norte del Perú durante los siglos V y XVI de nuestra era. Gracias a estas representaciones, podemos determinar la existencia de al menos cinco tipos de balsas de totora: balsas de un solo cuerpo y balsas de dos cuerpos para un solo pescador, balsas de tres y cuatro cuerpos para dos o más pescadores y grandes balsas para varios tripulantes y carga.

A continuación, presentamos parte de una investigación en curso que pretende reunir todas las representaciones plásticas de balsas de totora en el arte de las sociedades de la costa norte del Perú. En este caso, presentamos los resultados preliminares de



Figura 24. Vasija del Periodo Inicial Tardío. Cortesía del Museo Chileno de Arte Precolombino.



Figura 25. Balsas de totora de un cuerpo. Museo Larco, Lima.

nuestras investigaciones en la colección del Museo Rafael Larco Herrera de Lima. En algunos casos se harán menciones a vasijas similares de otras colecciones consultadas.

Balsas de totora de un cuerpo

Un grupo de vasijas de cerámica, principalmente del Periodo Intermedio Tardío y Horizonte Tardío (posiblemente Chimú y/o Chancay), parecen representar balsas de totora de un solo cuerpo o un solo bastón. Estas embarcaciones parecen haber sido utilizadas por jovencitos o niños, a juzgar por el tamaño, contextura y apariencia de los individuos representados sobre ellas. Llama la atención particularmente que estén echados, en posición de correr una ola en vez de la típica posición de remar o pescar como se ve en el resto de las vasijas de cerámica que representan balsas de totora en el arte prehispánico. Posiblemente, estas vasijas están representando la actividad de aprendizaje por la cual pasaban los jóvenes pescadores para navegar en estas balsas de totora, la cual ha sido descrita previamente en este artículo sobre la base de información etnográfica de Huanchaco. En paralelo, como se ha sugerido en otros medios, es posible que estas balsas se hayan hecho con la intención de simplemente divertirse en las olas y no para cumplir una función de actividad pesquera (Fig. 25).

Balsas de totora de dos cuerpos

Estas balsas de totora parecen haber sido iguales a las utilizadas hoy en día, con la diferencia que las representadas en el arte Moche (350-900 d. C.) siempre tienen una connotación religiosa. Aparecen manejadas por personajes divinizados o aves antropomorfas, los cuales se encuentran haciendo faenas pesqueras míticas de peces demoniacos, ¿tiburones?, o trasladando víctimas humanas para realizar sacrificios humanos posiblemente en las islas ubicadas cerca de la costa (Figs. 26 y 27). Las balsas presentan además formas de peces demoniacos, o proas y popas zoomorfas representando zorros y/o felinos. Desde el punto de vista tecnológico, estas embarcaciones no guardan relación entre el tamaño de la balsa y lo que a veces en ella se transporta, pero al menos sugieren que las balsas de dos cuerpos existieron y fueron utilizadas por la sociedad Moche. Hasta el momento, no se han registrado individuos humanos manejando estas embarcaciones, por lo que simbólicamente estuvieron asociadas al culto y/o poseídas por divinidades del panteón mochica.

En las representaciones más tardías de balsas de dos cuerpos (Chimú y Chimú-Inca), ya no se ven balsas de totora de dos cuerpos zoomorfas o con divinidades, sino tal como se les conoce hoy en día y con un pescador sin atributos de deidad o zoomorfo sentado sobre la misma (Fig. 28).

Balsas de totora de cuatro cuerpos

Estas balsas presentan la proa arqueada hacia arriba como las balsas de dos cuerpos actuales, pero no presentan “caja” en la base o cerca de la popa. Están conformadas por dos cuerpos o bastones muy anchos que sirvieron de base. Sobre estos dos

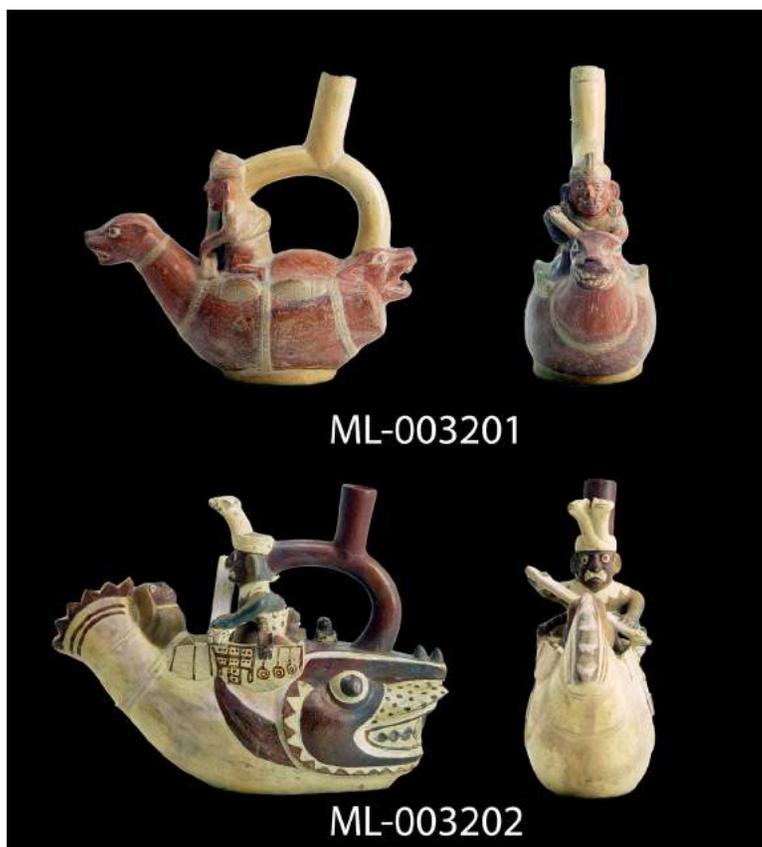


Figura 26. Balsas de dos cuerpos con atributos zoomorfos y divinos. Cultura Moche. Museo Larco, Lima.



Figura 27. Balsas de totora de dos cuerpos en iconografía Moche (Donnan y McClelland, 1999).



Figura 28. Balsas de totora de dos cuerpos. Cultura Chimú. Museo Larco, Lima.

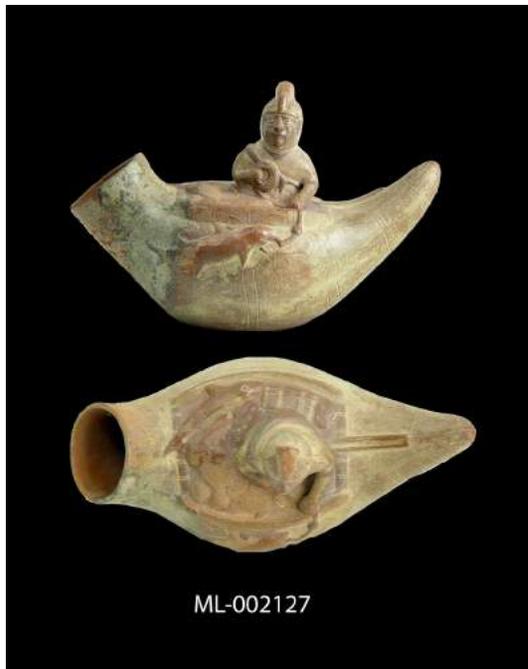


Figura 29. Balsa de totora de cuatro cuerpos. Cultura Moche. Museo Larco, Lima.

cuerpos o bastones, se colocaron dos más pequeños laterales, pero ligeramente más salidos, como si la intención fuera crear una suerte de apoyo a cada lado de la embarcación para evitar que se voltee con facilidad. Al mismo tiempo, le da una forma de “U” al interior de la balsa, como los botes de madera europeos. Dado que se generaba un espacio entre los dos cuerpos de abajo y los dos cuerpos ligeramente salidos de la parte superior, ese espacio vacío debió ser la bodega o “caja” de la embarcación, pero con una capacidad de carga mucho mayor que las embarcaciones de dos bastones contemporáneas. Sin embargo, ese espacio vacío era completamente cubierto por una plataforma de madera u otro material ligero. Esto se confirma en algunos detallados ejemplares de cerámica Moche en los que se ve que el pescador está sobre en una suerte de plataforma plana que no es totora (Fig. 29). Alrededor de esta plataforma, se adicionó una suerte de borde elevado o rejilla también aparentemente de madera que evitaba que se caigan los artefactos y pescados que el usuario tenía durante su faena. Estos refuerzos también se ven en las embarcaciones de dos cuerpos o dos bastones anteriormente descritas, mas no en las de un cuerpo. Algunas representaciones tridimensionales de estas embarcaciones de cuatro cuerpos permiten ver al detalle la parte posterior o popa. Parecería que entre los dos cuerpos de abajo y los dos superiores se colocaba un elemento estructural rectangular, el cual se desconoce si era de madera o de totora. Por otro lado, puede ser simplemente una esquematización de los atados de totora de los bastones centrales (Fig. 30). Posiblemente, el análisis detallado de otras piezas ayude en el futuro a resolver este problema. Sin embargo, claramente se trata de un elemento importante en la construcción de estas balsas. En el ejemplo que mostramos (Fig. 29) se ve un solo pescador, pero hemos visto una vasija Moche que presenta dos pescadores en una balsa de cuatro cuerpos de totora (Baessler, 1906, p. 152).

Es interesante que en los ejemplos de vasijas de cerámica que representan balsas de estilo Chimú o Chimú-Inca, estas son una continuación de las de cuatro cuerpos observadas en el arte Moche, siendo prácticamente idénticas, aunque la proa parece haber sido más alta y más doblada durante estos periodos más tardíos, tal vez como una innovación tecnológica para romper mejor la ola al momento de entrar al mar y ganar rapidez al momento de regresar a la playa. A diferencia de las balsas del periodo Moche, las de los periodos Chimú y Chimú-Inca siempre tienen dos personajes, uno principal en la proa con el remo y una suerte de ayudante en la parte posterior o popa, pero que casi siempre está con el cuerpo en el agua, como si estuviera empujando o manteniendo el balance de la embarcación (Fig. 31). Dado que no debemos olvidar que el arte prehispánico, en su mayoría, fue diseñado para expresar mitos y narraciones, es posible que su carácter repetitivo a lo largo del tiempo esté indicando el segmento de una historia en la que había un pescador principal y un ayudante, pero los detalles de estos segmentos de historias congelados en estas vasijas son completamente ignorados por el momento.

Balsas de totora de tres cuerpos

Estas balsas de tres cuerpos parecen ser exclusivas de la zona de Lambayeque, de-



Figura 30. Balsas de totora de cuatro cuerpos. Cultura Moche. Museo Larco, Lima.

bido a que solo se observan en vasijas de cerámica de estilo Lambayeque Tardío. A diferencia de las balsas de cuatro cuerpos que presentan un elemento rectangular entre los dos cuerpos o bastones inferiores y los dos cuerpos o bastones superiores, las de tres cuerpos de la zona de Lambayeque no presentan tal elemento, notándose en la popa claramente que se trata de tres bastones (Fig. 32). Otra diferencia con las balsas de totora de cuatro bastones es que las de tres cuerpos presentan los dos cuerpos o bastones superiores más grandes. Otra diferencia saltante es que algunas de ellas no tienen la bodega o espacio vacío central cubierto por una estructura de madera, sino que esa zona es abierta y hueca (ver diferencias entre ML-020189 y ML-020190, Fig. 32).

Es interesante notar que la vasija nro. ML-020191 parece ser una versión esquematizada de estas embarcaciones, pero lo interesante es que los dos personajes que están



Figura 31. Balsas de totora de cuatro cuerpos. Cultura Chimú. Museo Larco, Lima.



Figura 32. Balsas de totora de tres cuerpos. Cultura Lambayeque. Museo Larco, Lima.

sobre esta balsa parecieran estar en el acto de correr una ola, debido a que el individuo que está en la proa está agachado cogiendo la balsa de un lado, en clara actitud de sostenerse, mientras que el personaje que está en la popa se está sosteniendo el sombrero o gorra posiblemente por el viento y la velocidad con la que se desliza la balsa. Adicionalmente, se podrá advertir que la balsa está inclinada hacia adelante, la cual es la misma posición que adquieren cuando se corre una ola con ellas (Fig. 32).

Todas las balsas de tres cuerpos presentan dos pescadores, siendo posible que hayan sido maniobradas de esta manera. La abertura central dejada por la colocación de los dos bastones laterales daba aparentemente más confort y seguridad al interior de la balsa en relación a las de cuatro bastones anteriormente descritas.

Grandes balsas de totora con doble popa

La representación de grandes balsas de totora solo se ha observado en la iconografía de las botellas de estilo Moche Tardío del valle de Jequetepeque, especialmente aquellas provenientes de San José de Moro (McClelland et al., 2007). Estas grandes balsas siempre están ocupadas por un personaje femenino, conocida como la Sacerdotisa de San José de Moro, y/o por personajes masculinos con atributos de divinidades (McClelland, 1990; Donnan y McClelland, 1999; Castillo, 2003; McClelland, et al., 2007). Lo más característico de estas grandes balsas de las costas del valle de Jequetepeque es que presentan dos variedades: (a) una proa baja y dos popas, estas últimas más altas que la proa, y (b) dos proas y una popa (Fig. 33). Estas grandes balsas tenían una bodega bastante amplia, donde se colocaban gran cantidad de cántaros de cerámica, prisioneros humanos que luego serían posiblemente sacrificados en las islas guaneras, y otros productos no identificados (Fig. 33). Otra característica es que tenían grandes anclas, conformadas por bolsas de red dentro de las cuales se colocaban piedras para que puedan mantener anclada esta gran embarcación en el mar.

En todos los casos, presentan proas y popas con terminaciones zoomorfas, lo que indica que fueron de carácter ritual, aunque no se descarta que hayan servido para otros propósitos. Sobre el particular, María Rostworowski halló un legajo judicial en el que el curaca de pueblo de Guamán, valle del Chimo (valle de Moche), le comentaba hacia 1675 al inspector mayor Gonzáles de Cuenca que “él y sus indios tenían el hábito o costumbre de ir a las islas a sacar el guano, con lo cual podían pagar sus tributos y sostenerse”. Según Rostworowski, cuando estos regresaban con sus balsas llenas de guano, ayunaban por dos días y luego celebraban su regreso con danzas y fiestas (Rostworowski, 1997). Es decir que incluso en el contexto de una actividad de tipo extractiva donde aparentemente se utilizaban las grandes balsas de totora para poder cargarlas de guano y traer el preciado producto a tierra, había una connotación ceremonial de por medio. Es interesante asociar estas prácticas ceremoniales tardías a las escenas que se observan en la iconografía Moche del valle de Jequetepeque del siglo VII y IX de nuestra era. No obstante, habría que hacer la salvedad de que en las costas del valle de Jequetepeque no hay ninguna isla guanera cerca, salvo la de Macabí, que está frente al litoral del valle de Chicama.



Figura 33. Grandes balsas de totora de la costa de Jequetepeque (tomado de Donnan y McClelland, 1999).

En un interesante relato recopilado por el padre Bernabé Cobo sobre un evento aparentemente histórico acaecido entre la curaca del señorío de Huarco (sur de Lima) y los embajadores incas, esta última realizó una gran ceremonia en el mar, con grandes balsas provistas para la ocasión y toda su corte y oficiales principales. Aparentemente, esta ceremonia era una emboscada y mientras la curaca y su corte se encontraban en el mar, los incas tomaron posesión de los edificios y la tierra de este señorío (Marcus, 1987: 94). De este corto relato citado por Joyce Marcus, es interesante para nuestros propósitos el ejercicio de ceremonias con grandes balsas en el mar, lo que confirmaría que fue una práctica extendida y no restringida al valle de Jequetepeque, al menos durante el Intermedio Tardío.

Coincidentemente, el uso ceremonial de estas grandes balsas de totora se manifiesta nuevamente en el contexto del periodo colonial. Según las tradiciones que narran la llegada de la imagen de Nuestra Señora Candelaria a las playas de Huanchaco, esta fue transportada en un gran *patacho* o gran balsa de totora que fue construida expresamente para trasladar esta imagen sagrada desde el bergantín anclado en alta mar hasta tierra (Prieto, 2011). Cabe anotar que la palabra *patacho* es un derivado de la palabra española *patache* que, de acuerdo al diccionario de la Real Academia Española, se refiere a una “embarcación que antiguamente era de guerra y se destinaba en las escuadras para llevar avisos, reconocer las costas y guardar las entradas de los puertos”.



Figura 34. Gran balsa de totora para la festividad de San Pedro en Huanchaco. (Foto: Elías Rodrich).



Figura 35. Adviértanse los remeros que son necesarios para propulsar la gran embarcación de totora.

Según la tradición popular en Huanchaco, esta embarcación fue especialmente construida para traer la imagen de la Virgen, por lo que su uso está envuelto en una esfera religiosa. Del mismo modo, desde la segunda mitad de la década de 1990, los pobladores de Huanchaco vienen celebrando la festividad de San Pedro y San Pablo, para la cual hacen un gran *patacho* o balsa de totora de varios metros de largo para solemnizar la festividad religiosa paseando al santo católico en dicha embarcación alrededor de la bahía (Fig. 34). Es notable el esfuerzo que hace la comunidad para poder juntar la gran cantidad de totora necesaria para construir tal embarcación. La descripción detallada de la construcción de estos *patachos* es materia de otro artículo, pero llama la atención la similitud con las balsas de cuatro cuerpos registradas en el arte Moche, aunque estas últimas pueden haber sido definitivamente fuentes de inspiración para los huanchaqueros contemporáneos (Fig. 33). Nuevamente, estas embarcaciones se construyen y utilizan para un fin religioso y ceremonial, posiblemente debido a su alto costo, el cual involucra a muchos pescadores que tienen que donar totora de sus propios balsares para poder construirla.

Otro aspecto es que estas grandes embarcaciones necesitan por lo menos cuatro remeros y un timonel en la popa para poder dirigirla adecuadamente (Fig. 35). La existencia de estas embarcaciones en la época prehispánica debió suponer el más alto grado de desarrollo tecnológico náutico para realizar una serie de actividades, desde cargo entre las islas y tierra firme, hasta complicadas ceremonias religiosas dedicadas a sus divinidades.

Perspectivas de estudio y reflexiones preliminares respecto a las balsas de totora contemporáneas y prehispánicas

Las condiciones medioambientales y geográficas en el Perú prehispánico favorecieron ampliamente el uso de balsas de totora. Estas últimas se diseñaron y adaptaron a las necesidades del relieve marino peruano y las costas disponibles de bajo fondo. Si bien es cierto que sabemos que en paralelo se utilizaron otros tipos de embarcaciones, estas últimas fueron menos utilizadas que las de totora, que parecen tener una amplia distribución en tiempo y espacio. A lo largo del tiempo, se diseñaron diferentes modelos de acuerdo a las necesidades, pero es evidente que estas fueron mucho más grandes que las actuales balsas de dos cuerpos que han sobrevivido en uso hasta nuestros días. Es decir, las que actualmente están en uso son un tipo de muchos modelos que existieron en tiempos prehispánicos.

Las representaciones de balsas de totora en cerámica que aquí analizamos, así como las representaciones en otros soportes, no tuvieron la intención de ser réplicas exactas de estas embarcaciones, sino que fueron el escenario de un episodio cultural, mítico y/o histórico que quiso ser representado en el arte. Por lo tanto, estos modelos de balsas son meramente referenciales y solo se pueden efectuar observaciones generales.

Un análisis preliminar de la colección de cerámica del Museo Rafael Larco Herrera de Lima sugiere que en la costa norte del Perú, entre los siglos IV y XVI, existieron

por lo menos cinco variedades de balsas de totora. Por el momento, no es muy claro si estos tipos de balsas tuvieron fines específicos, pero al menos las de un cuerpo pudieron servir para efectos de aprendizaje y diversión, mientras que las de dos, tres y cuatro cuerpos sirvieron definitivamente para la actividad pesquera. Por otro lado, las grandes balsas (hoy llamadas *patachos*) parecen cumplir un rol más ceremonial que económico, pero fuentes etnohistóricas sugieren que también estuvieron envueltas en al menos la extracción estacional de guano en las costas del valle de Virú durante el siglo XVI. También hemos podido determinar que algunos modelos de balsas de totora se circunscriben a determinadas regiones. Así, la balsa de tres cuerpos parece ser exclusiva de las costas de Lambayeque, al menos durante el Intermedio Tardío, mientras que las de cuatro cuerpos parecen ser originarias de las costas de los valles de Virú, Moche y Chicama. Por otro lado, solo existen representaciones de grandes balsas de totora en el valle de Jequetepeque hacia el Horizonte Medio o durante el colapso de la sociedad Moche en esa región.

La información etnográfica aquí presentada es una muestra del potencial que ofrecen actualmente algunas comunidades de pescadores tradicionales de la costa norte del Perú para adentrar en detalles que difícilmente la arqueología puede ofrecer. Sin embargo, estos datos son meramente referenciales en tanto y en cuanto solo se aplican a la realidad actual que es descrita. No obstante, estos datos pueden acercarnos parcialmente al complejo sistema detrás de la manufactura de las balsas y su significado adscrito. Por otro lado, la información etnográfica ofrece datos precisos y cuantificables respecto a la producción de totora y la rutina de pesca con las balsas, estimando su capacidad de carga, tiempo de uso y manejo. Esta información puede aplicarse a las balsas de totora identificadas en los soportes plásticos, considerando que al menos las de tres y cuatro cuerpos, fueron significativamente más grandes que las actuales. En conclusión, ambos datos sugieren que estas balsas prehispánicas de totora tuvieron una capacidad de carga tal vez tres veces mayor que las actuales (es decir, de 240 a 300 kilos), pero al mismo tiempo demandaron una mayor cantidad de totora, lo cual debió significar la participación de todo un grupo familiar de pescadores con sus respectivas pozas de cultivo de totora (asumiendo que cada pescador tenía la misma producción de totora que la actual) y, por lo tanto, es posible que las balsas de totora fueran un bien del grupo familiar y no personal como hoy en día. Tal vez por ello se representan, por lo general, dos pescadores y no uno, pues en principio se necesitaba más fuerza para mover dichas balsas (tal vez más de dos pescadores fueron necesarios) y también funcionaban como los botes modernos donde van varios pescadores y cada uno lanza sus redes para luego hacerse una división de los productos capturados equitativamente (Gillin, 1947). Estas inferencias necesitan ser contrastadas con datos arqueológicos que deben excavar en asentamientos domésticos de pescadores, lo cual es una tarea pendiente pero necesaria para tener una mejor perspectiva de las comunidades marítimas prehispánicas en la costa norte del Perú.

Hasta entonces, este trabajo ha pretendido poner en perspectiva el potencial que ofrece el estudio detallado de las poco conocidas balsas de totora de la costa norte del

Perú, como un medio para aproximarnos a la complejidad social de los pescadores prehispánicos de esta parte del continente.

Agradecimientos

El autor de este artículo quiere agradecer a Ulla Holmquist y a Isabel Collazos del Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera de Lima por su apoyo para poder estudiar las vasijas que se presentan aquí, así como por la valiosa información proporcionada. Otro agradecimiento a Pilar Alliende y Carlos Aldunate del Museo Chileno de Arte Precolombino por facilitarnos fotografías de la representación en cerámica de una balsa de totora del Periodo Inicial Tardío (código de acceso 3097). Del mismo modo, quiero agradecer a Elías Rodrich Calderón por su infatigable labor por documentar fotográficamente la vida diaria del pescador de Huanchaco y por colocar a la balsa de totora en el sitio que hoy tiene. Solo él y su esfuerzo saben de la enorme e invaluable contribución que ha hecho para que hoy sea mundialmente reconocida como una de las embarcaciones más antiguas del mundo.

Referencias bibliográficas

- Alegría, C. (1936). *La serpiente de oro* (2ª ed.). Santiago de Chile.
- Andritzky, W. (1987). Balsas de la costa norte del Perú antiguo y actual. *Boletín de Lima*, 49, 33-41.
- Anhuamán, P. (2008). *Cultura viva Muchik-Chimor de la costa norte del Perú. Historia, tradiciones, leyendas y personajes*. Trujillo, Perú.
- Baessler, A. (1906). *Altperuanische Metallgeräte nach seinen Sammlungen*. Berlín, Alemania.
- Begler, E. (1970). *Huanchaco: A Study of the Effects of the Agrarian Reform in an Indigenous Community on the North Coast of Peru* (Tesis). Department of Anthropology, University of California at Los Angeles, Los Angeles, CA.
- Borhegyi, S. F. de. (1961). Shark Teeth, Stingray Spines and Shark Fishing in Ancient Mexico and Central America. *Southwestern Journal of Anthropology*, 17(3), 273-296.
- Braudel, F. (2002). *Memory and the Mediterranean*. New York, NY: Vintage Books.
- Cardona, A. (2008). Balsas prehispánicas de totora (*Tipha dominguensis*) del valle de Camaná-Arequipa, sur del Perú. *Boletín de Lima*, 152, 9-12.
- Castillo B., L. J. (2003). Los últimos mochicas de Jequetepeque. En S. Uceda y E. Mujica (Eds.), *Moche hacia el final del milenio*, tomo 2 (pp. 65-123). Lima, Perú: Universidad Nacional de Trujillo y PUCP Fondo Editorial.
- Donnan, C., y McClelland, D. (1999). *Moche fineline painting: Its evolution and its artists*. Los Angeles, CA: UCLA Fowler Museum of Cultural History.
- Edwards, C. (1965). *Aboriginal watercraft on the Pacific Coast of South America*

- (Ibero-Americana, 47). Berkeley, CA: University of California.
- Englert, S. (1974). *La tierra de Hotu Matu'a: historia y etnología de la Isla de Pascua*. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Feijoo de Sosa, M. (1763). *Relación descriptiva de la ciudad y provincia de Trujillo del Perú*. Madrid, España: Imprenta del Real.
- Fiedler, R. (1943). *La pesca y las industrias pesqueras en el Perú*. Lima, Perú: Compañía Administradora del Guano.
- Gillin, J. P. (1947). *Moche: A Peruvian coastal community*. Washington, DC: Smithsonian Institution, Institute of Social Anthropology.
- Hammel, E. A., y Haase, Y. D. (1962). A Survey of Peruvian Fishing Communities. *Anthropological Records*, 21(2), 211-230.
- Heyerdahl, T. (1978). *Early man and the ocean: A search for the beginnings of navigation and seaborne civilizations* (1ª ed.). Garden City, NY: Doubleday.
- Jijón y Caamaño, J. (1949). *Maranga*. Quito, Ecuador.
- Kozuch, L. (1993). *Sharks and Shark Products in Prehistoric South Florida* (Monograph No. 2). Gainesville, FL: Institute of Archaeology and Paleoenvironmental Studies, University of Florida.
- Llagostera, A. (1990). La navegación prehispánica en el norte de Chile: bioindicadores e inferencias teóricas. *Chungara*, 24/25, 37-51.
- Lothrop, S. K. (1932). Aboriginal Navigation Off the West Coast of South America. *The Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, 62, 229-256.
- Malinowski, B. (1918). Fishing in the Trobriand Islands. *Man*, 18, 87-92.
- Marcus, J. (1987). *Late Intermediate Occupation at Cerro Azul, Peru: A Preliminary Report* (Technical Report 20). Ann Arbor, MI: University of Michigan Museum of Anthropology.
- McClelland, D. (1990). A Maritime Passage from Moche to Chimú. En M. Moseley y A. Cordy-Collins (Eds.), *The Northern Dynasties: Kinship and Statecraft in Chimor* (pp. 75-106). Washington, DC: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- McClelland, D., McClelland, D., y Donnan, C. (2007). *Moche Fineline Painting from San Jose de Moro*. Los Angeles, CA: Cotsen Institute of Archaeology at UCLA.
- Means, P. (1942). Prehispanic Navigation Off the Andean Coast. *The American Neptune*, 2(2), 107-126.
- Morris, C., y Santillana, J. (2007). The Inka Transformation of the Chincha Capital. En R. L. Burger, C. Morris y R. Matos (Eds.), *Variations in the Expression of*

- Inka Power* (pp. 135-163). Washington, DC: Dumbarton Oaks.
- Núñez, L. (1986). Balsas prehistóricas del litoral chileno: grupos, funciones y secuencias. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 1, 11-35.
- Ortiz, J. (1990). Embarcaciones aborígenes en el Área Andina. *Historia y Cultura*, 20, 49-79.
- Ortiz, J. (2003). Navegación en la zona sur andina. *Derroteros de la Mar del Sur*, 11, 123-135.
- Páez, R. (1986). Balsas de cueros de lobo en la segunda mitad del siglo XIX: antecedentes cuantitativos para el norte de Chile. *Chungara* 16/17, 421-428.
- Prieto, G. (2009). Tres aspectos etnográficos del pueblo de Huanchaco. *Revista del Museo de Arqueología, Antropología e Historia*, 11, 277-306.
- Prieto, G. (2011). Las fiestas anuales y quinquenales de la Virgen Candelaria del Socorro de Huanchaco: expresión religiosa de los pescadores de la costa norte del Perú. *Arqueología y Sociedad*, 23, 193-221.
- Prieto, G. (2013a). El espacio doméstico de los pescadores del Periodo Inicial (1550-1250 a. C.) en la costa norte del Perú: un estudio preliminar desde el sitio Pampas Gramalote, valle de Moche. *Arkinka*, 207, 90-99.
- Prieto, G. (2013b). *Just Food Producers? Recent Studies at Gramalote, an Early Initial Period Fishing Village, North Coast of Peru*. Ponencia presentada en Yamaha Conference, Peabody Museum, Harvard University, Cambridge, MA.
- Prieto, G. (2014). The Early Initial Period Fishing Settlement of Gramalote, Moche Valley: A Preliminary Report. *Peruvian Archaeology*, 1, 1-46.
- Prieto, G. (2015). *Gramalote: Domestic Life, Economy and Ritual Practices of a Prehispanic Maritime Community* (Disertación doctoral). Department of Anthropology, Yale University, New Haven, CT.
- Prieto, G. (en prensa). The Fisherman's Garden: Wetlands Agriculture at the Maritime Community of Gramalote, North Coast of Peru (1500-1200 cal BC). En G. Prieto y D. H. Sandweiss (Eds.), *The Social Dynamics and Economic Interactions of Andean Maritime Communities*. University Press of Florida.
- Quilter, J. (1989). *Life and death at Paloma: Society and mortuary practices in a preceramic Peruvian village* (1ª ed.). Iowa City, IA: University of Iowa Press.
- Rostworowski, M. (1970). Mercaderes del valle de Chincha en la época prehispánica: un documento y unos comentarios. *Revista Española de Antropología Americana*, 5, 135-177.
- Rostworowski, M. (1993). Navegación y cabotaje prehispánicos. En J. Ortiz (Ed.), *Actas del Primer Simposio de Historia Marítima y Naval Iberoamericana (Callao, 5 al 7 de noviembre de 1991)* (pp. 343-354). Callao, Perú: Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú.

- Rostworowski, M. (1997). The Coastal Islands of Peru: Myths and Natural Resources. En K. Berrin (Ed.), *The Spirit of Ancient Peru: Treasures from the Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera*. San Francisco, CA: Fine Arts Museums of San Francisco.
- Rostworowski, M. (2004). *Costa peruana prehispánica*. Lima, Perú: Instituto de Estudios Peruanos.
- Sandweiss, D. H. (1992). *The archaeology of Chincha fishermen: Specialization and status in Inka Peru* (Bulletin of Carnegie Museum of Natural History). Pittsburgh, PA: Carnegie Museum of Natural History.
- Schaedel, R. (1989). *La etnografía muchik en las fotografías de H. Brüning, 1886-1925*. Lima, Perú: Cofide.
- Soldi, A. M. (1982). *La agricultura tradicional en hoyas*. Lima, Perú: Fondo Editorial PUCP.
- Tartaron, T. (2013). *Maritime Networks in the Mycenaean World*. New York, NY: Cambridge University Press.
- Vásquez, V., Tsurumi, E., Pozorski, T., Pozorski, S., y Rosales, T. (2012). Evidencias zooarqueológicas y escultóricas de pesca oceánica en la costa norte. *Archaeobios*, 6(1), 92-96.
- Vega, J. J. (1987). El caballito de totora. *Boletín de Lima*, 53, 7-12.